

1

La pérdida es una maquinación aborrecible,
es un fulgor sombrío, un mordiente
filo de hielo quemando en un rincón inhóspito,
una rayadura de hiel en la luz errónea del verano.

La pérdida es un marasmo,
un embrollo de trapos,
la piedra áspera del temor,
un guante que alguien dejó ahí tirado.

El color de la pérdida es una pizarra oscurecida:
sus dedos de arena, crispados como un reloj,
atenazan el aire, lo dilapidan.

La pérdida se pronuncia, como un declive;
crespón de escombros en un tiempo astillado,
ventana que se cierra de golpe a cualquier profecía...

Dime si esta ciudad
con sus calles irrespirables,
sus monumentos afrentados,
sus distancias hostiles,

con sus acróbatas en las esquinas
para los que no existe la melancolía,
si estos días furiosos
podrán borrarte.

El dolor se levanta como una ráfaga,
como si el viento amargo quisiera herir
cada rescoldo que nos queda de ti.

Y los días se tropiezan, se atajan,
mientras nosotros, que hoy estamos oscuros,
buscamos *desamparadamente* arraigar en el amor.

Rompe, desgarrar, triza,
arruga como un pedazo de papel,
arrójala al frío arroyo,
pisotéala,
 arrástrala

sin rabia, sin piedad,
aplástala,
 tritúrala,
que no quede ni el polvo,
y no cejes

hasta desvanecer
la última
y más

leve
brizna
de tu añoranza.

Ahora que estás más allá
de la compasión y de la dicha,
que el velo de la sombra
con un chasquido de seda descorrida

inexorable cayó sobre ti,
y de la claridad que alguna vez te arropó
queda sólo un vaho, una neblina mustia
y un oscuro montón de ceniza, ¿eres tú?

En el aire indeciso de la tarde
bajo las nubes de julio que se agolpan
como una tolvanera, pienso en ti.

Y conforme escribo siento cercana tu lejanía,
y un opaco rumor, un remolino, anega
el vasto golfo de silencio en que te ahogas.

No volverás a oír los pájaros
cantando en la mañana
recién llovida del jardín.
No volverás a estar en el jardín.

Ni con tus ojos lánguidos
contemplarás las nubes, sus complicados cuerpos
sin sustancia atravesando el cielo,
nube, viento tú misma.

Te ciñe el ciego resplandor
de la sombra, que acendrará tu imagen,
esa luna de los reinos perdidos.

Ahora te llevaré, como un dije,
estrechándote contra mi corazón,
cuidándote, luz frágil, hasta el fin.

Como una casa abierta al desamparo,
como una larga fiesta en la que nadie
tuvo ningún consuelo que decir,
como un puñetazo contra un espejo,

horas que acuchilla la luz en torno suyo,
cuerpos escoriados por la sed de la ausencia,
un hilo para coser la herida de los sueños
que el aire acerbo hostiga.

La tristeza abre nichos de noche,
un ventarrón inútil, una turba de arañas
en el dolido corazón de las cosas.

¿Nada de lo que parecía duradero
podrá sobrevivir a esta agua viscosas,
a esta difícil oscuridad cayéndonos de bruces?

Veo en medio de la noche,
contra el muro de piedra de la noche
mientras la lluvia se afila en los cristales,
cómo se van rindiendo tus ojos claros

y a tu cuerpo que se desmadeja
en los desapacibles guijarros de tu respiración.
Y tú te dejas ir, sabiendo
que ese impulso es ya el límite.

La vida y su afecto se extrañan
como un botón caído
que nadie encontró tiempo de coser.

Entras en un vasto salón iluminado;
con un rumor de niebla tu corazón se nubla.
Eres la gracia enmohecida de tu recuerdo.